
Reflexionando...

Lomas de San Francisco. Calle 2, nº 33
Antiguo Cuscatlán. El Salvador
Teléfono: (503) 2273 1877

3,000 ejemplares
padrefernandogioia@heraldos.info
www.reflexionando.org

07 de octubre de 2021.

Fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Índice

	PAG
• IMÁGENES DE LA VIRGEN DE FÁTIMA, LLORAN EN AMÉRICA CENTRAL.	5
• LÁGRIMAS DE MARÍA: UN MENSAJE DEL CIELO.	11
• FÁTIMA 1917: “SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO”.	17
• EL MENSAJE DE LA VIRGEN EN FÁTIMA: EL PREMIO Y LA ADVERTENCIA.	23
• ACTUALIDAD DE UN MENSAJE QUE ES: PASADO, PRESENTE Y FUTURO.	29
• EL SECRETO MÁS FAMOSO DE LA HISTORIA, COMUNICADO A TRES INOCENTES NIÑOS.	35
• LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA, A QUIENES NUESTRA SEÑORA APARECIÓ.	43
• LÁGRIMAS, MILAGROSO AVISO.	49
• ¡EL MILAGRO!, LOS NIÑOS TENÍAN RAZÓN.	55
• FÁTIMA 1917: “NO OFENDAN MÁS A NUESTRO SEÑOR, QUE YA ESTÁ MUY OFENDIDO”.	61
• FÁTIMA: UN MENSAJE PUNTIAGUDO E INCÓMODO, TANTAS VECES SILENCIADO O DEFORMADO.	67
• LOURDES Y FÁTIMA, DOS GRANDES APARICIONES MARCADAS POR EL MISTERIO DE SUS SECRETOS.	73



IMÁGENES DE LA VIRGEN DE FÁTIMA, LLORAN EN AMÉRICA CENTRAL

Nueve imágenes de Nuestra Señora de Fátima, un azulejo de la Madre del Buen Consejo y una imagen de San José derramaron copiosas lágrimas en Costa Rica y en Guatemala. Humanamente hablando, no hay explicación...

El pasado 21 de abril fue un día que marcó el inicio de un impresionante fenómeno ocurrido con imágenes de Nuestra Señora de Fátima que son veneradas en casas de los Heraldos del Evangelio de América Central y llevadas por ellos a diversas actividades evangelizadoras.

Esas imágenes presentan a la Virgen María tal y como se manifestó en las apariciones de Cova da Iria. En unas se encuentra con las manos puestas, en actitud de oración; en otras, muestra su Inmaculado Corazón rodeado de espinas, a la vez que su noble porte y delicado gesto es como si nos preguntaran: “Hijo mío, mira cómo sufre tu Madre por los pecados de la humanidad. ¿No quieres acercarte a consolarme?”.

La primera de una serie de lacrimaciones

El primero de esos inexplicables hechos tuvo lugar en la capilla de la casa de los Heraldos situada en la ciudad de San José, en Costa Rica. Poco después de las once de la mañana, un sacerdote de la institución y varios jóvenes

que se encontraban allí preparándose para la Misa pudieron observar lágrimas en los ojos de la imagen y a lo largo del rostro.

Tal acontecimiento, de por sí cargado de simbolismo para un hijo de la Santísima Virgen, se reveló aún más elocuente al ser tan sólo el comienzo de una serie de lacrimaciones que se sucederían unas horas después y en días siguientes, acompañadas con devoción por varios testigos.

Cuatro imágenes más lloran en Costa Rica

En efecto, pasadas las 14 horas de ese mismo 21 de abril, otra imagen de Nuestra Señora de Fátima localizada en una de las salas de la residencia, fue vista con lágrimas en las mejillas, en las manos y en la parte inferior del vestido. Y por la noche ambas imágenes volvieron a llorar, seguidas poco después por otras dos, que empezaron a derramar lágrimas simultáneamente.

El 22 de abril una quinta imagen vino a sumarse a ese conjunto, llorando en dos ocasiones, en una de las cuales fue posible contemplar uno de sus ojos empapado y lágrimas que bajaban hasta la barbilla, dejando un leve reguero en el rostro.

Hasta el 26 de abril las lacrimaciones se repitieron seis veces más en las distintas imágenes de la Virgen de Fátima. Algunas de ellas se mostraron tan copiosas que las lágrimas caían sobre el corazón, las manos y la pequeña esfera dorada que se encuentra a la altura de la cintura, y otras se deslizaron por el vestido hasta alcanzar los pies y la nube que sirve de base. Numerosos testigos constataron la veracidad de los hechos. El inicio de una de esas lacrimaciones fue contemplado por siete personas adultas, entre ellas un juez letrado.

Lacrimaciones en Guatemala

La tocante manifestación de María se extendió también a otro país centroamericano. El 23 de abril tres imágenes de Nuestra Señora de Fátima lloraron en la casa de formación que los Heraldos del Evangelio tienen en San José Pinula, municipio próximo a la ciudad de Guatemala. Dos días después una cuarta imagen también derramó abundantes lágrimas, algunas de las cuales llegaron a humedecer el Inmaculado Corazón. Estos acontecimientos fueron presenciados por algunos sacerdotes y varios jóvenes que se encontraban en la residencia, además de profesores, alumnos y un empleado del colegio que acudieron a comprobar lo sucedido. Y, al igual de lo que fue hecho en Costa Rica, se informó de lo ocurrido al Ordinario y a las autoridades eclesiásticas de los lugares en que los fenómenos se dieron.

La Madre del Buen Consejo y San José

El 26 de abril, fecha en que la Iglesia conmemora la festividad de la Madre del Buen Consejo de Genazzano, un hecho similar pasó con un azulejo que representa precisamente a María Santísima bajo esa advocación: fueron vistas lágrimas que descendían hasta el borde inferior. Sencillo, pero que invita mucho a la piedad, dicho azulejo se encuentra colocado en la entrada de una de las salas de la casa de San José de Costa Rica.

Finalmente, la noche de ese mismo día una imagen de San José, venerada en una de las capillas de la mencionada casa de Guatemala, también derramó un copioso lloro. Las lágrimas podían ser vistas recorriendo sus mejillas hasta la barba, mientras numerosas gotas centelleaban en su túnica y en la parte inferior de su manto.

El glorioso Patriarca no podía permanecer ajeno a las lágrimas de su virginal esposa... Indisolublemente unido a María por el Padre eterno en el tiempo y en la eternidad, quiso así asociarse a la celestial manifestación de la Virgen a sus amados hijos.

**Editorial en revista Heraldos del Evangelio
Junio de 2018.**



LÁGRIMAS DE MARÍA

un mensaje desde el cielo:

Miedo, tristeza, dolor, indignación, emoción, alegría... ¿Cuáles de estos sentimientos pueden estar en la causa del llanto de María?

¡Hombres y mujeres, prestad atención, el mensaje de Fátima no está escondido! Por el contrario, brilla más que nunca, pues hubo en el mundo quien asumió la misión de encarnarlo. ¿Cómo es posible quedarse indiferente al contemplar las lágrimas de la Madre de Dios? ¿Cómo puede uno permanecer con el corazón frío ante el llanto de la Reina de los ángeles? Cómo resistirse al deseo de acercarse a María Santísima y, de rodillas, preguntarle: ¿Señora, por qué lloráis?

Un hecho inédito en la Historia: tantas imágenes derramando lágrimas en las casas de una misma institución. Y por tratarse de representaciones de la Virgen de Fátima, nuestra atención debe redoblar, pues sin duda, en este final del centenario, Ella nos trae alguna señal, algún aviso, algún mensaje.

¿Pruebas científicas?

Antes de cualquier consideración, les dispensamos de la lectura de este artículo a los espíritus escépticos, positivistas y racionalistas, quienes desearían encontrar aquí las pruebas científicas de este extraordinario fenómeno. No, que no pierdan el tiempo, como nosotros no lo perderemos en probar que esas lacrimaciones no son producto de una farsa. Tan aberrante nos es la hipótesis de simular un milagro que no nos ocuparemos en refutarla. Contemplar el sereno rostro de María regado por dulces lágrimas basta para infundir en los corazones de sus hijos la certeza de que la Madre de Dios y de los hombres nos trae algún recado. Con espíritu filial, tratemos ahora de interpretar el mensaje de la Virgen.

¿Por qué llora María Santísima?

Empecemos repitiendo la pregunta: ¿por qué llora María Santísima? Son muchas las razones que pueden llevar a alguien a llorar. Miedo, tristeza, dolor, indignación, emoción o alegría suelen ser las más frecuentes. ¿Cuáles de estos sentimientos pueden estar en la causa del llanto de la Señora de Fátima? Superior en poder a todas las fuerzas del universo, la Santísima Virgen ciertamente que no llora de miedo.

Pues, aunque los potentados del mundo y de los infiernos se conjugaran para combatirla, una sola gota de sus lágrimas sería suficiente para vencer todas las armas y bombas de la faz de la tierra. De tristeza, no obstante, sí que puede llorar, porque hace cien años les reveló a los hombres el camino de la felicidad, de la tranquilidad y de la paz, y no fue oída.

¡Ah, si hubiéramos escuchado los mensajes de Cova da Iria, cuán diferente sería el mundo! Pero ¿no habrá en ese llanto

de la Madre de Dios algo similar al dolor de Nuestro Señor Jesucristo ante la Ciudad Santa? María Santísima parece repetirle a la humanidad algo de las palabras de su divino Hijo, cuando lloró sobre Jerusalén.

“¿Si reconocieras hoy lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Vendrán días en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados. ¿Porque no reconociste el tiempo en que fuiste visitada!” (cf. Lc 19, 41-44).

“¡Hijos e hijas míos, lloremos juntos por la triste situación de este mundo que mi divino Hijo y yo tanto amamos!”

A algunos les podría parecer absurda la hipótesis de que sea la indignación una de las causas de las lágrimas de la Reina de los ángeles. Pero si nos detenemos a reflexionar un poco, llegaremos a la conclusión de que Ella tendría buenas razones para encolerizarse. Mencionemos tan sólo una. La Virgen se digna aparecer en Fátima y, rebosando de afecto y bondad, les transmite un mensaje a sus hijos.

Pues bien, ¡hubo quien sofocó sus palabras e incluso quien transformó su mensaje en un secreto! ¿Qué madre no se indignaría contra el que saboteara su intento de salvar a un hijo en peligro? Imaginemos entonces el sentimiento de la Madre de las madres al ver a sus hijos e hijas rumbo a la perdición ¡a causa del silencio y omisión de aquellos que deberían haber predicado al mundo su mensaje de salvación! Todo esto, sin duda, hace llorar a María. Aunque el principal motivo de sus lágrimas parece ser otro.

¡María llora de alegría!

Paremos un poco y detengamos nuestra atención en cualquiera de esas milagrosas imágenes. Llegaremos, sin dificultad, a una conclusión: ¡María llora de alegría! Sí, ¡de alegría!

Pues a pesar de todos los intentos de los infiernos en ocultar sus avisos, la Señora de Fátima atravesó victoriosa un siglo, y hoy nos vuelve a hablar, ya no con palabras que puedan ser escondidas, sino mediante el elocuente lenguaje de las lágrimas, las cuales no serán puestas en secreto. Hay bastantes personas que dedican buena parte de sus vidas en descubrir el conocido “Tercer Secreto de Fátima”. No condenamos tal empresa. Pero a nosotros nos toca otra misión. Queremos proclamar encima de todos los tejados, en lo alto de todas las torres, a los cuatro vientos: “¡Hombres y mujeres, prestad atención, el mensaje de Fátima no está escondido!

Por el contrario, brilla más que nunca, pues hubo en el mundo quien asumió la misión de encarnarlo, recordándole a la humanidad las advertencias de la Madre de Dios y pregonando, ¡la victoria de María!”. Y con ese llanto es como si la Virgen nos sonriera diciéndonos con maternal afecto: “¡Hijos e hijas míos, unamos nuestras lágrimas! ¡Lloremos juntos por la triste situación de este mundo que mi divino Hijo y yo tanto amamos! ¡Lamentemos los innumerables pecados constantemente cometidos contra el Buen Dios! Pero, sobre todo, ¡tened confianza!

Y tratad de ver en mis lágrimas no el llanto de la derrota, sino la emoción y el júbilo de confirmaros y repetir mi promesa: ‘Puede parecer que el mal esté venciendo sobre la tierra y que el bien aparente que ya no tiene fuerzas.

¡No desaniméis! ¡Confiad, confiad, confiad, pues en breve mi Inmaculado Corazón triunfará!’’.

**Editorial en revista Heraldos del Evangelio,
Junio 2018.**

FATIMA 1917: “Soy la Señora del Rosario”

*Para contrarrestar los efectos
desoladores de la crisis actual, en
el mes del Rosario, nada mejor que
rezarlo en familia, para conseguir
la paz, que tanto necesitamos.*

Las apariciones de la Virgen María en Fátima, Portugal, a tres humildes pastores - Lucía, Jacinta y Francisco -, comenzaron en mayo de 1917. En la primera aparición, de seis ocurridas, Lucía (la mayor de los pastorcitos), al preguntarle: “¿De dónde es Vuestra Merced?”, recibe una singular respuesta: “Soy del Cielo... después Os diré quién soy”. En la tercera aparición, ante nueva pregunta, les afirma que en octubre, “les diré quién soy”. Así, el 13 de octubre, la Santísima Virgen les dice: “Soy la Señora del Rosario”.

Estas palabras que nos aproximan en el pensamiento a la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, que se conmemora en este mes de octubre, precisamente en el día 7.

Apropiado es el momento para hacer una recopilación rápida, dentro de lo posible en estas líneas, del histórico de este instrumento poderoso de devoción católica: el Santo Rosario; así como también de la importancia de la práctica de esta oración tan conocida.

Por el año 1208, Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, comúnmente conocida como “dominicos”, se encontraba agobiado por los males que difundía la herejía albigense, que en aquellos tiempos minaba la fe de los fieles. Suplicando a la Madre de Dios ayuda pues veía que no lograba avances en el combate a estos errores, la Virgen escucha su apelo. Luego de tres días y tres noches de incesantes ruegos, aparece para él, sosteniendo en su mano un rosario, y enseñándole a recitarlo.

En inefable diálogo, dice a Santo Domingo: “Mi querido Domingo, ¿sabes de qué medio se sirvió la Santísima Trinidad para reformar el mundo?”, y este responde: “después de tu Hijo Jesucristo, fuiste tú misma el principal instrumento de nuestra salvación. A lo que Nuestra Señora responde: “Yo te digo, entonces, que el instrumento más importante fue la Salutación Angélica, el Avemaría, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Y, por lo tanto, si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi Rosario”.

El rosario se mantuvo como la oración predilecta durante casi dos siglos. Cuando la devoción empezó a disminuir, el Beato Fray Alano de la Roca en el año 1475, puso por escrito - para revivir dicha devoción - las promesas referentes al santo Rosario que le hiciera la Santísima Virgen años antes en diversas apariciones.

Promesas que reiteraban las dadas a Santo Domingo.

He aquí las más importantes, según el Beato Alano. Quien rece mi Rosario: recibirá cualquier gracia que me pida; tendrá mi especialísima protección; será para ellos escudo contra el infierno, destruirá el vicio, libraré de los pecados, hará germinar las virtudes; los elevará deseando las cosas celestiales y eternas; no se verán oprimidos por la desgracia; se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la vida eterna; los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los Sacramentos; los libraré bien pronto del Purgatorio; todo cuanto se pida por medio del Rosario se alcanzará prontamente; los que rezan el Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

El Rosario llegó a ser así, con el tiempo, una de las devociones más firmemente arraigadas en el pueblo cristiano, oración tan estimada por numerosísimos santos y promovida a lo largo de los siglos, por el Magisterio eclesiástico. Pero fue el papa San Pío V quien, en el día del aniversario de la victoria obtenida por los cristianos en la famosa batalla de Lepanto (1571), victoria atribuida a la Madre de Dios, instituye el día 7 de octubre como la Fiesta de Nuestra Señora del Rosario, festejada hasta hoy por todos los creyentes.

Era una invitación a meditar los misterios de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, en compañía de la Virgen María, siempre asociada a Él, en Su Encarnación, Pasión, Muerte y Gloriosa Resurrección.

A lo largo del tiempo, los Santos Pontífices fomentaron el rezo del Santo Rosario. León XIII, que escribió sobre el tema en varias encíclicas, fue quien consagró el mes de octubre al Rosario e insertó en las Letanías a la Virgen el título de “Reina del Santísimo Rosario”, por eso fue llamado “el Papa del Rosario”.

San Juan Pablo II, considerando el Rosario como una catequesis de fe, publicó la conocida Carta Apostólica “Rosarium Virginis Mariae”, “El Rosario de la Virgen María”. Afirmaba, con su particular forma de expresarse, que esta devoción lo había “acompañado en los momentos de alegría y en los momentos de tribulación”, era su oración predilecta.

En tan bello documento papal encontramos la explicación, que ayudará también a aquellos que sean un poco objetantes del Santo Rosario: “aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología” pues, “en la sobriedad de sus partes concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio”.

Un gran abismo se siente, en los días de hoy, entre el ideal de paz, y la realidad que nos toca vivir diariamente. Hemos llegado a solucionar, a través de la ciencia y de la técnica, casi todos los problemas que asolan al mundo moderno. Pero... no obtuvimos la paz. No tenemos tranquilidad. No logramos, lo que podremos llamar, una paz del alma. El desasosiego y los conflictos actuales nos atropellan.

Bien les decía en Fátima la Virgen María a los tres pastorcillos en 1917 - ¡casi 100 años atrás! -: “rezad el rosario todos los días, para alcanzar la paz en el mundo”, que se encontraba en horrores de la Primera Guerra Mundial.

Esa paz que tantos buscamos, y pocos la encontramos, la conseguiremos - según nos invita San Juan Pablo II en su Carta Apostólica - promoviendo que las familias se conviertan en “auténticas escuelas de oración”. Pues el rosario en familia es, garantía de paz en el mundo, al serlo también de las familias.

Con firmeza consideraba San Juan Pablo II que veía a la familia “amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica”, temiendo por el futuro de esta “irrenunciable institución, y con ella, del destino de toda la sociedad” (Rosarium V. Mariae, 6).

Podríamos resumir estas reflexiones con especial consejo: “para contrarrestar los efectos desoladores de la crisis actual”, en el mes del Rosario, nada mejor que rezarlo en familia, para conseguir la paz, que tantos necesitamos.

La Prensa Gráfica, 13 de octubre de 2015.

EL MENSAJE DE LA VIRGEN EN FÁTIMA:

El premio y la advertencia

El Mensaje de Fátima es un verdadero divisor de aguas para las mentalidades contemporáneas. Invita a toda la Iglesia, y al mundo, a un serio examen de conciencia.

Una tranquila y luminosa mañana de domingo, el 13 de mayo de 1917, fue el momento elegido por Dios, para transmitir al mundo, por medio de la Santísima Virgen María, a tres humildes pastorcitos, un mensaje de gran trascendencia que “sigue resonando con toda su fuerza profética”, en el decir de San Juan Pablo II, invitando a la oración, a la conversión y “reparación de sus propios pecados y los de todo el mundo” (12-5-1997).

Los tres niños, Lucía de 10 años, y sus primos Francisco y Jacinta de 9 y 7 respectivamente, pastoreaban un pequeño rebaño de ovejas en un lugarejo llamado Cova da Iria, en Fátima, Portugal. El mundo asistía en esos

momentos a la Primera Guerra Mundial que involucraba a numerosas naciones pero, en este alejado lugar de tan graves acontecimientos, los pastorcitos vivían su vida rutinaria.

De pronto, sobre una encina, se les aparece la Madre de Dios: “era una señora toda vestida de blanco, más brillante que el sol”, en palabras de Lucía. Su semblante, agregaba, era de una belleza indescriptible, no era ni triste ni alegre, sino serio, tal vez con un aire de suave censura: “Vengo a pedirlos que volváis aquí durante seis meses seguidos, los días 13, a la misma hora”. Después les dijo: “rezad el rosario todos los días, para alcanzar la paz en el mundo y el fin de la guerra”.

En julio la tercera aparición les dice: “La guerra va a terminar. Pero, si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre”. La impiedad avanzaba dominando la tierra, en 1939 comenzaba la Segunda Guerra Mundial.

En el año 2000, Juan Pablo II ordenó dar a conocer la parte de esta aparición llamada “el tercer secreto”. Era la “visión” de un “ángel con una espada de fuego en la mano izquierda... señalando la tierra con la mano derecha”, diciendo con fuerte voz: “¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!”

No cabría en un solo artículo el desarrollo completo de las apariciones, pero sí queremos resaltar aspectos

que muestran su autenticidad como: la afluencia de gran número de espectadores en el momento de las apariciones, cerciorándose de que los niños no mentían; el prodigio de las transformaciones cromáticas y de los movimientos del sol; el fin de la Primera Guerra profetizado: “la guerra va a terminar”; la luz extraordinaria que iluminó los cielos de Europa antes de la segunda conflagración mundial observada en varios países: “cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida sabed que es la señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes”.

Fueron así desarrollándose las apariciones hasta el 13 de octubre cuando ocurriera el prodigio - asistido por más de 70 mil personas - del sol aproximarse vertiginosamente sobre ellos y a poco retirarse. “En octubre haré un milagro para que todos crean”, les afirmó la Virgen el mes anterior. Todos estupefactos se miraban; era el milagro pedido por los niños para confirmar las revelaciones. Al unísono gritaba la multitud: “¡El milagro, los niños tenían razón!”. Fue el llamado: “milagro del sol”.

El Mensaje invita – en el decir del obispo de Leiría-Fátima, don Antonio Marto – “a toda la Iglesia y al mundo a serio examen de consciencia”, señalando que “después de las Escrituras, es la denuncia más fuerte e impresionante del pecado del mundo” (5-2-2016).

Alguno preguntará: ¿y que dijeron los Papas al respecto?: Pío XI concedió una indulgencia especial a los peregrinos de Fátima. Pío XII sostenía que “ya pasó el tiempo en que se podía dudar de Fátima” y, en 1946, por medio de su Legado, el Cardenal Masella, consagró el mundo a la realeza de Nuestra Señora de Fátima. Juan

XXIII, cuando fue Cardenal, estuvo como peregrino en el lugar de las apariciones, y en su testamento donó su cruz pectoral al Santuario de Fátima. Pablo VI fue el primer Pontífice en visitar Fátima, en el cincuentenario de las apariciones, el 13 de mayo de 1967. Juan Pablo II visitó el lugar de las apariciones tres veces, beatificando a los Pastorcitos, Francisco y Jacinta en una de ellas. En 1982, en Fátima, afirmaba que la invitación hecha por Nuestra Señora continúa "más actual incluso que hace sesenta y cinco años atrás; y hasta más urgente". Benedicto XVI llegando a Portugal manifestaba, "vengo como peregrino" y señalaba que: "Se ilusionaría quien pensase que la misión profética de Fátima esté concluida" (13-5-2010). Francisco, por su lado, solicitó al Patriarca de Lisboa que consagrara su pontificado (13 de mayo del 2013).

Hablando a los pequeños pastores Nuestra Señora quiso hablar al mundo entero exhortando a los hombres a la oración, a la penitencia y a la enmienda de la vida; en vista a la situación religiosa en que se encontraba el mundo en la época de las apariciones. Estamos a un año del centenario del magno acontecimiento. Fátima acaba siendo un verdadero divisor de almas en los días de hoy. Sobresalen cada vez más dos familias de almas: una que comprende la crisis moral que asola el mundo contemporáneo; otra que considera que los problemas del mundo contemporáneo tienen poca o ninguna relación con la inmoralidad y la impiedad.

Perplejo queda uno considerando que, en su primera aparición, la Virgen Santísima solicitaba a los pastorcitos "reparación por los pecados con que Él (Nuestro Señor) es ofendido", es decir que los pecados del mundo habían llegado a un tal grado - ¡en 1917! - que clamaban al Cielo. Y, por otro lado, ver la desintegración

moral creciendo hasta nuestros días, ante lo que reclamaba San Juan Pablo II un 8 de mayo de 1996: “Los hombres se olvidaron de Dios y de sus Mandamientos, viviendo como si Él no existiera”, hay una “apostasía silenciosa” que no nos puede dejar indiferentes.

¿Qué debemos hacer? Enfervorizarnos en la devoción al Inmaculado Corazón, en la oración y en la penitencia. Rezar el santo rosario. Pedir, llenos de esperanza, que el año que nos separa del Centenario de las apariciones apresure el triunfo prometido en su tercera aparición: “por fin, Mi Inmaculado Corazón Triunfará”.

La Prensa Gráfica, 18 de agosto de 2016.



ACTUALIDAD DE UN MENSAJE QUE ES:

pasado, presente y futuro

“Creo que, hasta la conmemoración de los cien años de las apariciones de Fátima, el Señor nos traerá aún sorpresas que, en este momento, ni nos pasan por la mente, ni por la imaginación”.

El Mensaje de la Virgen en Fátima, transcurrido en el año 1917, no fue dirigido solamente a las generaciones de esos comienzos del Siglo XX. Destacadamente podremos decir, sin temor a ser desmentidos, que fueron palabras dichas para nuestros días, para cada uno de nosotros.

Con el pasar de las décadas - nos estamos aproximando al Centenario -, se han ido confirmando cada vez más las predicciones de la Santísima Virgen transmitidas a los tres pastorcitos, dándole autenticidad a las que aún no se cumplieron. El Mensaje no ha concluido su “fuerza profética”, en el decir de San Juan Pablo II. Este Papa, que visitó tres veces durante su Pontificado el Santuario de Fátima, tiene numerosas e impactantes afirmaciones al respecto. En una homilía recalca que el contenido fundamental del Mensaje “son la verdad y el llamado del

propio Evangelio” (13-5-1982). Alertaba en esos momentos de los intentos de apartar el nombre de Dios del mundo, y firmemente decía que: “la Iglesia se siente interpelada por ese mensaje”. Singularmente invitaba, hace más de treinta años, a releerlo con el corazón amargado, apreciando cómo el pecado adquirió un fuerte derecho de ciudadanía.

En la Misa de Beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta hacía presente los horrores de las dos guerras mundiales, entre las tantas víctimas habidas en el siglo pasado en: “campos de concentración y exterminio, los gulags, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, la droga, los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia”. (13-5-2000). No dejaba de destacar, en esta misma homilía, de cómo la Santísima Virgen en Fátima vino a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, Nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Fue una “severa advertencia”, en palabras del entonces Cardenal Ratzinger - después el Papa emérito Benedicto XVI - “ante los peligros que se ciernen sobre la humanidad”. (Informe sobre la fe, 1985)

Las apariciones en Fátima fueron las más proféticas de las apariciones modernas; no fue la propia Santa Iglesia que las impuso, sino que, en el decir del antiguo Cardenal Patriarca de Lisboa, Manuel Cerejeira, “fue Fátima que se impuso a la Iglesia”.

Aproximándonos a nuestros días, escuchemos las palabras del actual obispo de Leiría-Fátima monseñor Antonio Marto (11-10-2007): "Fátima no se cumplió totalmente... tenemos un camino muy abierto para Fátima, en el siglo XXI, sin con todo cerrar puertas a las sorpresas de Dios. Creo que hasta la conmemoración de los cien

años de las Apariciones, el Señor nos traerá aún sorpresas que en este momento, ni nos pasan por la mente, ni por la imaginación para descubrir aún más facetas de la belleza y de la riqueza de este mensaje".

Las “sorpresas” que aún nos podrán traer los acontecimientos no las podemos imaginar. Podemos considerar, eso sí, en torno a los textos conocidos del Mensaje y observando el mundo que nos rodea, que desde los tiempos de Fátima, por un lado ha habido un progreso material que impresiona. Pero, tristemente debemos decir que presenciamos un declinar de las costumbres como nunca antes se había visto, encontramos a la humanidad en lo que podríamos calificar un delirio horrible de decadencia. Las modas se degradaron, la institución de la familia sufre una inestabilidad asombrosa, la impiedad y la corrupción moral campean por todos lados. Prodigiosa crisis moral, que es en el fondo una crisis religiosa. Crisis también, en la Santa Iglesia; que el mismo Papa emérito Benedicto XVI, sorprendiendo a no pocos decía a través de Radio Vaticana (10-5-2010): “la persecución más grande a la Iglesia no procede de enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia”.

Un malestar profundo se siente en el momento presente. Es sólo abrir los periódicos de la mañana que todo es una sorpresa. Tensiones, desorden, descontentos; guerras y terribles convulsiones sociales de todo tipo recorren el mundo entero.

Es inútil que se intente disfrazar la gravedad de la hora que vivimos. Fátima se presenta ante nosotros como una de las más trascendentales profecías de la Historia. Un Mensaje lleno de advertencias,

pero también de misericordia y de esperanza. Son acontecimientos que se están desarrollando, es pasado, presente y futuro.

Muchos de los pedidos de la Santísima Virgen no han sido atendidos, especialmente el que podríamos considerar fundamental, la enmienda de la vida: “No ofendan más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido”. No vemos a la humanidad dispuesta, en un acto de humildad, a golpearse el pecho y pedir perdón a Dios por los pecados con que es ofendido. Hay un desprecio al Mensaje de Nuestra Señora. El gran líder católico brasileño Plinio Corrêa de Oliveira, hace bastantes años, recordaba que: “se puede decir que el Mensaje de Fátima es el olvidado por excelencia. Olvido que no es apenas olvido sino somnolencia, indiferencia al respecto del mensaje tal vez más importante de la historia del mundo”. Comprobamos así que un cambio de rumbo de la humanidad pecadora se va tornando cada vez más improbable. La degradación moral no cesa de aumentar. Desde 1917 hasta nuestros días los pecados, tanto individuales, como públicos, como de las naciones e instituciones, no hacen sino crecer. Esto nos acerca a la realización de las previsiones hechas por la Virgen en Fátima: “Si atienden a mis pedidos Rusia se convertirá y tendrán paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas”.

Oración y penitencia, la Comunión Reparadora de los cinco Primeros Sábados, la Consagración de Rusia y del mundo a su Inmaculado Corazón, fueron las condiciones que la Santísima Virgen puso para evitar los castigos: “si atienden a mis pedidos”.

Pero, vemos con tristeza que la ofensa a Dios creció y que el mundo no rectifica su camino hacia una regeneración moral.

Con una luz de esperanza, en medio de los horrores y ofensas que presenciamos, el texto de la llamada Segunda Parte del Secreto de Fátima, después de anunciar una sucesión de calamidades si la humanidad no se convirtiese, concluye categóricamente, sin anteponer condición alguna: “¡Por fin, Mi Inmaculado Corazón triunfará!”, perspectiva grandiosa de la universal victoria del Corazón regio y maternal de la Virgen María.

Terrible hora de castigos, admirables momentos de misericordia. Volvamos nuestras miradas a Aquella que es llamada Estrella del Mar, María Santísima, que nos guiará en medio de las tempestades.

La Prensa Gráfica, 12 de mayo de 2017.

El SECRETO MÁS FAMOSO DE LA HISTORIA, comunicado a tres inocentes niños

La situación mundial en la que vivimos, la inmoralidad que impera en todos los sectores de la sociedad y las convulsiones que asolan toda la tierra, es la prueba de que se ha cumplido la advertencia contenida en el Mensaje de Fátima.

Hemos tenido oportunidad de compartir con nuestros lectores diversos artículos sobre las Apariciones de la Virgen en Fátima, en 1917, a los pastorcitos: Lucía, Francisco y Jacinta.

Numerosos son los que desean que se profundice en tema tan escrito, tan hablado y, tristemente, tan ocultado, como lo que es el “corazón” del Mensaje de Fátima. Y los comprendemos. Más aún, si recordamos las singulares afirmaciones del Papa Benedicto XVI,

de que era “la más profética de las apariciones modernas” (13-5-2017). Proféticas, por haber sido previsiones y advertencias que en parte se han confirmado a través del correr del tiempo. Algunas aún pendientes de acontecer.

El Mensaje consistía en un Secreto, conformado de tres partes, que preparaba a los niños - y a la opinión pública mundial - en el correr de estos cien años hasta nuestros días. Fueron palabras de Nuestra Señora que llenaron de perplejidad a no pocos, dando lugar expectativas preocupantes. Pero también transmite la esperanza gozosa al final, anunciando el triunfo de su Inmaculado Corazón, promesa que nos colma de confianza y de paz.

La Virgen quiso, de inicio, mantener en secreto el Mensaje diciendo: “esto no se lo digáis a nadie”. Fue, precisamente, la parte central del mismo. Indicaría a Lucía, la mayor de los tres niños en sus apenas 11 años, el momento de comenzar a comunicarlo, por partes, al mundo. Era el mes de julio, la tercera oportunidad de comunicarse con ellos.

La llamada “primera parte” del Secreto fue una visión del infierno que los tres niños tuvieron, relatada con mucho detalle, que dejó a los niños espantados: “Habéis visto el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieren lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz”; eran palabras de la Virgen para incentivar en ellos, y al mundo, a la “oración y penitencia”.

La “segunda parte” es la que contiene el texto más denso, con una advertencia sobre los acontecimientos que acaecerían en el mundo si no se cumpliese lo que era pedido, que era preocupante: “Dios va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, el hambre y las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre”. Anunciaba una guerra peor que estaba en curso, la Primera Guerra Mundial: “La guerra va a acabar. Pero, si no dejaren de ofender a Dios, en el reinado del Papa Pío XI comenzará otra peor”. Sería presagiada por “una noche alumbrada por una luz desconocida, la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes”. En la noche del 25-26 de enero de 1938, una aurora boreal – calificada de “excepcional magnitud” por los científicos - iluminó los cielos de Europa Occidental. Al año siguiente, graves acontecimientos fueron precipitando la Segunda Guerra Mundial que comenzó el 1º de septiembre de 1939.

Viene, a seguir, lo considerado como el corazón del Mensaje: “Si atendieren a mis peticiones (principalmente estaba en ellas el cambio de vida), Rusia se convertirá y tendrán paz; sino, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará”.

Sobre “la tercera parte del Secreto”, no sabemos las razones de la hermana Lucía de no darla a conocer, su actitud dio motivo a innumerables comentarios a lo largo de los años. El Carmelo de Coimbra publicó, en 2015, anotaciones privadas de Lucía bajo el título de “O meu caminho” (“Mi camino”). Relata aquí la perplejidad que la afligía, en momentos de grave enfermedad,

ante la solicitud del obispo para que escribiera la parte secreta no revelada del Mensaje. En enero de 1944, arrodillada frente al Santísimo Sacramento, queriendo saber la voluntad de Dios, tuvo una visión sorprendente, y siente... “una mano amiga, cariñosa y maternal que me toca el hombro. Era mi querida Madre del Cielo. No temas, escribe lo que te mandan, pero no lo que te he dado a entender de su significado”. Así fue que escribió la parte más famosa del Mensaje, con esta orden: “Mételo en un sobre, ciérralo y séllalo, y escribe por fuera que sólo podrá ser abierto en 1960. Sea por el Patriarca de Lisboa o por el Obispo de Leiría”. El 6-6-1958 escribe al Papa Pío XII: “Es de conocimiento de Vuestra Santidad la existencia del llamado Secreto de Fátima que podrá ser abierto después del inicio del año 60”.

¿Cuál era el fin de esta misiva? Era para que, exponiendo lo que fue y es el Mensaje de Fátima, “aclarar los espíritus sobre el camino de la vida cristiana que debe seguir y los errores de los cuales se deben alejar, para que no se dejen engañar por falsas doctrinas”. Así de clara y contundente era, como vemos en estos trechos, la carta al Santo Padre.

Circunstancias que no conocemos -que se podrán saber en futuro no lejano- cuarenta años después acabó siendo publicado, en el año 2000, por orden del Papa Juan Pablo II.

Perplejos quedaron algunos por el texto. Acompañado de extensas explicaciones de parte de entonces Cardenal Ratzinger, Papa emérito Benedicto XVI posteriormente, calificadas por él mismo como: “intento de interpretación”.

Se trataba principalmente de una visión que tuvieron los tres niños de hechos futuros. Relata Lucía: “hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un Ángel con una espada de fuego... emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo... señalando la tierra dijo en fuerte voz: ¡penitencia, penitencia, penitencia!” ... “Vimos un obispo vestido de blanco, hemos tenido el presentimiento de que era el Santo Padre”... “atravesó una gran ciudad en medio de ruinas”... “llegado a la cima fue muerto por un grupo de soldados”... “del mismo modo murieron unos tras otros (los que lo acompañaban desde obispos a seglares)”. Estos son apenas algunos trechos del relato de lo dado a conocer.

No dejó tranquilos a los comentaristas este “intento”, llegándose a no pocas y polémicas opiniones sobre qué quiso decir la Virgen, por qué se tardó en comunicarlo al mundo, si está completo, si hay una “cuarta parte”, etc. Mismo así, se puede decir, es lleno de misterios.

Como podrán ver, no es posible pretender, en un artículo, transmitir e interpretar todo el Mensaje. Sí podemos hacer consideraciones que correspondan a la realidad que estamos viviendo. Bien dice Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, Fundador de los Heraldos del Evangelio, en su libro “Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará” (p. 101), que: “Todo lo que Ella predijo que ocurriría si la humanidad no se enmendase, se cumpliría con el agravamiento de la crisis contemporánea. Y esto es justo lo que ha pasado, porque la situación mundial en la que vivimos —con la inmoralidad que impera en todos los sectores de la sociedad y las convulsiones que asolan toda la tierra— es la prueba de que se ha cumplido la advertencia contenida en el Mensaje de la Madre de Dios, transmitido por los labios de tres inocentes pastorcitos,

y que culminó con palabras de esperanza, con el anuncio del triunfo de su Inmaculado Corazón. Las apariciones de Fátima, por lo tanto, no se relacionan solamente con el pasado. Al contrario, anuncian una nueva era en la Historia de la Iglesia. Sobre la lamentable decadencia moral y religiosa de nuestro tiempo, Fátima señala claramente hacia un futuro de triunfo y de gloria, que vendrá después de la penitencia y la conversión de los hombres”.

La Prensa Gráfica, 12 de mayo de 2017.



LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA, A QUIENES NUESTRA SEÑORA APARECIÓ

*Los “sencillos niños del campo”,
que nos transmitieron un grandioso
Mensaje, en accesibles palabras.*

Nos encontramos en el cierre del Centenario de las Apariciones de Fátima. A los ojos de todo católico, más o menos bien informado, es evidente que estas apariciones, con sus profecías, no forman parte de la Revelación pública de la Iglesia. Se trata de una revelación privada – que en nada altera el contenido de nuestra Fe Católica – a tres inocentes niños analfabetos, de gran religiosidad, en un lugar desconocido para los hombres de aquel tiempo llamado Cova da Iría, en Aljustrel, un caserío de la parroquia de Fátima, Portugal.

Todo lo profetizado en el Mensaje se realizó, dando veracidad a las comunicaciones transmitidas a los tres pastorcitos. Por otro lado, tanto las autoridades eclesiásticas, como el propio Magisterio de la Iglesia se pronunciaron reconociendo la autenticidad de las apariciones. La advocación Nuestra Señora de Fátima recibe culto público,

lo que corrobora aún más la confianza de la Santa Iglesia para con las apariciones.

El 26 de junio del año 2000, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó un documento sobre las apariciones. Explicando detalladamente que el fenómeno de apariciones y signos sobrenaturales van salpicando la Historia de los hombres y de cómo estas manifestaciones no pueden contradecir el contenido de la Fe sino que confluyen para el anuncio de Cristo llevando a la conversión. Al inicio del documento tiene esta llamativa afirmación: “Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas”.

Los Papas fueron mostrando su apoyo y aprobación a lo largo de los decenios, desde Benedicto XV hasta nuestros días. Algunas de sus expresiones marcaron momento. Juan Pablo II (1996) decía: “la Santísima Virgen, hacía llegar esta queja maternal: ‘no ofendan más a nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido’”. Benedicto XVI (2010): “se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada”.

Dos de los pastorcitos, Jacinta y Francisco, fueron beatificados por San Juan Pablo II (13-5- 2000) y canonizados por el Papa Francisco (13-5-2017). Sor Lucía tiene su proceso de beatificación iniciado.

Hoy queremos penetrar en los “sencillos niños del campo”, como los calificaba Juan Pablo II, que nos transmitieron un grandioso Mensaje en accesibles palabras. Lucía Dos Santos, la mayor con sus 10 años, y sus primos Francisco y Jacinta Marto, de 9 y 7 años. Viviendo junto a sus ovejas, en tranquilo escenario alejado del bullicio

contemporáneo, mantenían su espíritu religioso, su inocencia bautismal. En su candidez e ignorancia no tenían condiciones de concebir en su imaginación, cualquier invención sobre lo que decían haber visto y oído.

Como no podía dejar de ocurrir en este tipo de eventos, se abatieron sobre ellos todo tipo de persecuciones: cárcel, amenazas de muerte, hasta asustarlos con un supuesto suplicio que les infligirían. A pesar de los malévolos artificios usados por las autoridades ateas, los niños se mantuvieron incólumes, demostrando la autenticidad de todo lo que afirmaban haber visto. Se comportaron como verdaderos mártires: “si nos matan, no importa, vamos al Cielo”, decían.

Su nivel de educación era inferior al de cualquier niño de la ciudad. No tenían contacto alguno ni con cine, teatro, libros, o haber visto personas con lujosas vestimentas. Pero describieron a la Señora “vestida de blanco”, con todo detalle. De cosas elevadísimas y gravísimas les habló la Virgen: la aterradora visión del infierno, la segunda guerra mundial, naciones que serán aniquiladas, expansión de errores en el mundo, del Papa que tendría mucho que sufrir (no sabían quién era), devoción al Corazón Inmaculado de María, y mucho más. Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto. “Hasta su ignorancia sirve de credencial a esos pequeños heraldos”, decía Plinio Corrêa de Oliveira.

En la primera aparición (13-5-1917) la Santísima Virgen le dice a Lucía: “soy del Cielo”. En la segunda aparición le piden que los lleve al Cielo: “Sí, a Jacinta y Francisco los llevaré en breve. Pero tú (Lucía) te quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para

hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abraza, le prometo la salvación”.

No pasó mucho tiempo, apenas un año después de la última aparición, ambos niños cayeron enfermos de bronconeumonía, advertían que era la enfermedad que los llevaría al Cielo. Fueron siendo favorecidos con algunas visiones particulares. Era el comienzo de los celestiales convivios, anuncio de un camino de sufrimiento y de entrega rumbo al Cielo para Francisco y Jacinta.

Cuenta la hermana Lucía que un día Jacinta la mandó llamar y le dijo: “Nuestra Señora nos vino a ver y dijo que vendrá pronto a buscar a Francisco para llevarlo al Cielo. A mí me preguntó si quería convertir más pecadores. Le dije que sí. Me dijo que iría a un hospital donde sufriría mucho. Que sufriese por la conversión de los pecadores, en reparación por los pecados contra el Inmaculado Corazón de María y por amor a Jesús”. Finalmente le dijo que se quedaría solita, sin la compañía de su madre.

Francisco se fue agravando poco a poco, pidió recibir su Primera Comunión, para lo cual se confesó. “Yo me voy al Paraíso”, les dijo a su prima y hermana. El 4 de abril de 1919 partió para la eternidad. Podemos imaginar el sufrimiento de Jacinta, la que fue complicándose en su enfermedad que la hacía sufrir mucho. Llevada al Hospital Doña Estefanía de Lisboa, en delicada operación quedó con una llaga ancha en su pecho, con tremendos dolores, pero invocaba a la Virgen y los ofrecía. El 20 de febrero de 1920, se confesó, recibió el Santo Viático y partió para la casa del Padre, a sus 10 años.

La directora de ese hospital, Madre María de la Purificación Godiño, impresionada con la virtud y sabiduría de la niña, recogió sus comunicaciones, llenas de sonoridad profética. Bien afirmaba Lucía de Jacinta que: “tenía un porte siempre serio, modesto y amable que parecía traducir la presencia de Dios en todos sus actos”. De sus inocentes labios salieron afirmaciones que impactan: “vendrán modas que ofenderán mucho a Nuestro Señor”, “los pecados del mundo son muy grandes”, “Madrina, pida mucho por los sacerdotes”, “¡los sacerdotes deben ser puros, muy puros!”, “la confesión es un sacramento de misericordia”. La Madre Godiño le preguntó quién le había enseñado tantas cosas: “fue Nuestra Señora, pero algunas las pienso yo”, le respondió.

Francisco, por su lado, se sentía atraído por una vida de ascesis y de contemplación. Siempre muy pensativo. Lucía le preguntó porque pasaba tanto tiempo solo, alejado: “Estaba pensando en Dios que está tan triste por causa de los muchos pecados. ¡Si yo lo pudiese consolar! Jesús está tan triste y yo quiero confortarlo con oración y penitencia”. En otra ocasión le decía: “no debemos hacer ni el más pequeño pecado”.

Sus tumbas, en la basílica de Fátima, tienen un sencillo epitafio: “Aquí reposan los restos mortales de Francisco y Jacinta, a quien Nuestra Señora apareció”. Pidamos su intercesión por todos los niños y las niñas que en los días de hoy viven rodeados de las insidias del mal contemporáneo que nos rodea.

La Prensa Gráfica, 13 de mayo de 2018.

LÁGRIMAS, MILAGROSO AVISO

La Señora de Fátima atravesó victoriosa un siglo, y hoy nos vuelve a hablar, ya no con palabras que puedan ser escondidas, sino mediante el elocuente lenguaje de las lágrimas.

“Lágrimas, milagroso aviso”, era el título que Plinio Corrêa de Oliviera le colocara a un artículo del 6 de agosto de 1972 en el prestigioso matutino “La Folha de São Paulo”, comentando una de las lacrimaciones ocurridas con la Imagen Peregrina Internacional de Nuestra Señora de Fátima en Nueva Orleans. Afirmaba: “El misterioso llanto nos muestra a la Virgen de Fátima llorando sobre el mundo contemporáneo, como otrora Nuestro Señor lloró sobre Jerusalén. Lágrimas de afecto tiernísimo, lágrimas de profundo dolor”. Era una invitación a los hombres del siglo XX, continuaba, “para que renuncien a la impiedad y a la corrupción”.

Fenómeno similar ocurrió en Siracusa (Sicilia, Italia, 29-8-1953) con una imagen, medio busto de yeso, del Inmaculado Corazón de María, reconocido – después de estudios realizados – por los Obispos de Sicilia (13-12-53), y citado en un mensaje radiofónico del Papa Pío XII

al Congreso Mariano Regional realizado el 17 de octubre de 1954. Expandía su corazón el Santo Padre diciendo: “¡Oh las lágrimas de María! ¿Comprenderán los hombres el misterioso lenguaje de aquellas lágrimas? ¿Llora por tantos hijos, en los cuales el error y la culpa han apagado la vida de la gracia, y que gravemente ofenden la majestad Divina? ¿O son lágrimas de espera por la tardanza en el retorno de otros hijos, otrora fieles, y ahora arrastrados por falsos espejismos salidos dentro de las hileras de los enemigos de Dios?”. Hoy en día, el busto de la ahora llamada Nuestra Señora de las Lágrimas, se encuentra en un gran Santuario de la ciudad del acontecimiento. San Juan Pablo II llegó a visitar el lugar cuando era joven obispo en 1964.

Esta introducción me lleva ahora a referirme al impresionante fenómeno ocurrido, entre el 21 y el 26 de abril de este año, con imágenes peregrinas de Nuestra Señora de Fátima que son veneradas en casas de los Heraldos del Evangelio de Costa Rica y Guatemala, y llevadas en diversas actividades evangelizadoras. Imágenes que presentan a la Virgen María tal como se manifestó en Cova da Iría a los tres pastorcitos, unas con las manos puestas en actitud de oración, otras mostrando su Inmaculado Corazón rodeado de espinas.

Numerosos testigos constataron la veracidad de los hechos. El inicio de una de las lacrimaciones fue contemplado por siete personas adultas, entre ellas un juez letrado, que dejaron su testimonio escrito de puño y letra.

Acontecimientos cargados de simbolismo ante los cuales alguno podrá exigir “pruebas científicas”. A estos, le dispensamos la lectura de este artículo, extraído en la

mayoría de sus partes de la revista Heraldos del Evangelio del mes de junio de este año. Quienes sean escépticos, positivistas y racionalistas, no pierdan su tiempo, como nosotros no lo perderemos en probar que las lacrimaciones no son producto de una farsa. Tan aberrante nos es la hipótesis de simular un milagro que no nos ocuparemos de refutarla.

Basta contemplar el sereno rostro de María, regado por dulces lágrimas, para infundir en los corazones de sus hijos la certeza de que la Madre de Dios y de los hombres nos trae algún recado.

El artículo de la citada revista “Lágrimas de María: un mensaje del Cielo” nos va llevando, con claridad, profundidad y espíritu filial, a interpretar el mensaje de la Virgen. “Muchas son las razones que pueden llevar a alguien a llorar. Miedo, tristeza, dolor, indignación, emoción o alegría, suelen ser las más frecuentes”.

¿Cuáles son los sentimientos que pueden estar en la causa del llanto de la Señora de Fátima?

“Ciertamente -continúa- no llora de miedo. Pues, aunque los potentados del mundo y de los infiernos se conjugaran para combatirla, una sola gota de sus lágrimas sería suficiente para vencer todas las armas y bombas atómicas de la faz de la tierra”.

Se interroga después si habrá sido de tristeza, a lo que responde: “Sí que puede llorar, porque hace cien años les reveló a los hombres el camino de la felicidad, de la tranquilidad y de la paz y no fue oída. ¡Ah, si hubiéramos

escuchado los mensajes de Cova da Iría, cuán diferente sería el mundo!”. “Pero ¿no habrá en ese llanto de la Madre de Dios algo similar al dolor de Nuestro Señor Jesucristo ante la Ciudad Santa?: ¡Si reconocieras hoy lo que conduce a la paz!” (Lc 19, 41-44).

Otra hipótesis levanta el artículo, que podría parecer absurda, de que las lágrimas de la Reina de los Ángeles hayan sido de indignación. Razones tendría; reflexionemos...: “La Virgen se digna aparecer en Fátima y, rebosando de afecto y bondad, les trasmite un mensaje a sus hijos. Pues bien, hubo quien sofocó sus palabras e incluso quien transformó su mensaje en un secreto. ¿Qué madre no se indignaría contra el que saboteara su intento de salvar un hijo en peligro? Imaginemos entonces el sentimiento de la Madre de las madres al ver a sus hijos e hijas rumbo a la perdición a causa del silencio y omisión de aquellos que deberían haber predicado al mundo su mensaje de salvación”. Todo esto, sin duda, hace llorar a María. Aunque el motivo principal de sus lágrimas parece ser otro.

Quien ha tenido la oportunidad de detenerse ante cualquiera de las imágenes que lagrimearon, llega a la conclusión, sin dificultad, de que: ¡María llora de alegría!

“Sí, ¡de alegría! Pues a pesar de todos los intentos de los infiernos en ocultar sus avisos, la Señora de Fátima atravesó victoriosa un siglo, y hoy nos vuelve a hablar, ya no con palabras que puedan ser escondidas, sino mediante el elocuente lenguaje de las lágrimas, las cuales no serán puestas en secreto”.

Termina el artículo con la afirmación de la misión que nos toca en estos momentos: “Queremos proclamar

encima de todos los tejados, en lo alto de todas las torres, a cuatro vientos: ¡Hombres y mujeres, prestad atención, el Mensaje de Fátima no está escondido! Por el contrario, brilla más que nunca, pues hubo en el mundo quien asumió la misión de encarnarlo, recordándole a la humanidad las advertencias de la Madre de Dios y pregonando la victoria de María”.

Con ese llanto es como si la Virgen nos sonriera diciéndonos con maternal afecto: “¡Hijos e hijas mías, unamos nuestras lágrimas! ¡Lloremos juntos por la triste situación de este mundo que mi Divino Hijo y yo tanto amamos! ¡Lamentemos los innumerables pecados constantemente cometidos contra el Buen Dios! Pero, sobre todo, ¡tened confianza! Y tratad de ver en mis lágrimas no el llanto de la derrota, sino la emoción y el júbilo de confirmaros y repetir mi promesa: ‘Puede parecer que el mal está venciendo sobre la tierra y que el bien aparente ya no tiene fuerzas. ¡No desaniméis! ¡Confiad, confiad, confiad, pues en breve, mi Inmaculado Corazón triunfará!’”, concluye con elocuencia.

Es lo que les quería trasmitir. Que la foto de la lacrimación de una de las imágenes peregrinas de Fátima les abra los horizontes de un futuro promisor, en el mundo convulsionado y desesperanzado que vivimos.

La Prensa Gráfica, 17 de junio de 2018.



¡EL MILAGRO!, los niños tenían razón.

El “milagro del sol”, es una de las pruebas contundentes de la autenticidad de las Apariciones de Fátima. Presenciado por 70 mil personas, excluye la posibilidad de atribuirlo a un fenómeno de sugestión.

El primer investigador eclesial de los acontecimientos ocurridos en Fátima en 1917 fue el Canónigo Manuel Nunes Formigão, decía, después de conversar largamente con familias notables de la región sobre los acontecimientos y los videntes, que los juicios eran invariables: “¿Peligro de estar representando una comedia? -respondía un conocido matrimonio del lugar-: ¡Ni en sueños! ¡Tres simples niños como aquellos! ¡El truco no se mantendría en pie ni siquiera medio día!”. Así reseñaba este experimentado “abogado del diablo”, como vulgarmente se califica a aquellos hombres de Iglesia que profundizan en acontecimientos, especialmente de tipo místico, de apariciones, al considerar la veracidad de los mismos.

Lucía, la mayor de los pastorcitos de Fátima, desde los primeros momentos, insistía con la bella Señora diciéndole: “quería pedirle que nos dijera quién es y que hiciera un milagro para que todos crean que Vuestra Merced se nos aparece”. Sentía la necesidad de decir a las gentes quién era la “Señora vestida de sol”, así como también, comprobar la veracidad de las apariciones. Nuestra Señora le responde en la segunda aparición: “Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy y lo que quiero, y haré un milagro que todos van a ver, para que crean”.

Seis fueron las apariciones ocurridas. Insistentemente la Virgen les decía que continúen “rezando el rosario todos los días”. Al mismo tiempo, dados los ingentes pedidos de Lucía - la única de los tres pastorcitos que mantenía el diálogo con Nuestra Señora - le promete, en la cuarta aparición: “en el último mes haré un milagro para que todos crean”.

La Primera Guerra Mundial se estaba desarrollando, pero no tenía impacto alguno en ese alejado lugar. Sin embargo, en septiembre les pide que continúen rezando el rosario, “para alcanzar el fin de la guerra”, y les comunica que: “en octubre vendrán también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y Nuestra Señora del Carmen y San José con el Niño Jesús para bendecir al mundo”. Era la quinta aparición.

Lucía le hace pedidos; la Virgen le responde: “Sí, a algunos curaré, a otros no”, y le reafirma que: “en octubre haré un milagro para que todos crean”.

Llegó el tan esperado 13 de octubre. Los cronistas relatan que era una mañana fría de otoño casi llegando a su fin, con lluvia persistente, todo era un lodazal. Una multitud, calculada entre 50 a 70 mil peregrinos, había llegado de todos rincones de Portugal. Los niños, que vestían sus trajes de domingo, iban abriéndose camino entre las gentes.

Emociona el relato de la Hermana Lucía. Comienza pidiendo al pueblo -“por un movimiento interior”- que cerrasen sus paraguas para rezar el rosario.

Poco después los niños ven a Nuestra Señora sobre la encina que les dice: “Quiero que hagan aquí una capilla en mi honor. Soy la Señora del Rosario, continúen rezando el rosario todos los días. La guerra va a terminar y los militares volverán en breve a sus casas”. Lucía le pide si curaba a unos enfermos y convertía a unos pecadores: “A algunos sí, a otros no. Es preciso que se enmienden, que pidan perdón por sus pecados”, le responde. Y tomando un aspecto más triste agregó: “No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido”.

En ese momento la Virgen desaparece de la vista de los pastorcitos en una luz que Ella misma irradiaba, y se suceden las vaticinadas visiones. Unas simbolizaban los misterios del Rosario, otras la Sagrada Familia, San José con el Niño, que bendijeron al pueblo, y Nuestra Señora del Rosario. Finalmente tienen la visión gloriosa Nuestra Señora del Carmen, con el Niño Jesús en brazos, coronada Reina del Cielo y del Universo.

Mientras contemplaban estas visiones se operó ante la multitud el anunciado milagro. Terminado el

coloquio Lucía grita al pueblo: “¡Miren el sol!”. Se entreabrieron las nubes, el sol apareció como un inmenso disco de plata, pero que podía ser mirado sin herir la vista. Súbitamente se puso a bailar, giró como rueda de fuego, sus bordes adquirieron color escarlata reflejándose en el suelo, árboles y en los rostros. Giró locamente, tembló espantosamente, y en un zig-zag descomunal se precipitó sobre la multitud aterrorizada.

Un único e inmenso grito escapó de todas las gargantas. Todos cayeron de rodillas en el lodo pensando que serían consumidos por el fuego. Muchos rezaban en voz alta el acto de contrición: “Pésame de todo corazón de haberos ofendido”, “Misericordia, Dios mío”, “Dios te salve, María”. Poco a poco el sol comenzó a elevarse trazando el mismo zig-zag. Se hizo entonces imposible fijar la vista en él.

El “milagro del sol”, como ha sido llamado, es una de las pruebas contundentes de la autenticidad de las Apariciones de Fátima. El ser presenciado por cerca de 70 mil personas excluye la posibilidad de atribuirlo a una sugestión colectiva, difícil de acontecer en multitudes. Y, más aún, personas a 40 kilómetros del lugar, vieron moverse el sol.

Podríamos considerar que el más valioso testimonio sobre el “milagro del sol” fue un artículo en el gran diario anticlerical portugués “O Século”, dos días después de ocurrido el evento. El redactor principal, Avelino de Almeida, hombre laicista y nada católico, que había escrito ese mismo día 13 un artículo irónico, burlándose de la religiosidad en el lugar las apariciones de Fátima. Se presentó en el local de los hechos, quería ser testigo ocular de la “señal” que había anunciado la Virgen a los tres niños. Así describe: “Ante los ojos asombrados

de la multitud, cuyo aspecto era bíblico, de pie, cabezas sin sombreros, mirando con atención el cielo, el sol tembló, hizo increíbles movimientos repentinos fuera de cualquier ley cósmica, el sol 'bailó' según la expresión de la gente". Dura crítica recibió de los librepensadores, no le perdonaron haber dado tal publicidad y avalar los hechos de Fátima.

Curiosos de todo tipo, eruditos de los más ilustres, casi todos incrédulos, llevados por la predicción de los videntes, estaban presentes. "Lo más sorprendente era que se podía mirar directamente al disco solar, sin que los ojos se lastimaran o se dañara la retina. Durante ese tiempo, el disco del sol no permaneció inmóvil, se mantuvo en un movimiento vertiginoso, giraba alrededor de sí mismo en un furioso remolino", atestigua un profesor de la Facultad de Ciencias de Coimbra.

Los prodigios duraron 12 minutos. Hubo una explosión de alegría: "¡El milagro, los niños tenían razón!" Gritos de entusiasmo retumbaban en las colinas adyacentes, muchos notaron que sus ropas empapadas, pues había llovido durante toda la aparición, estaban completamente secas.

Había terminado el ciclo de las visiones de Fátima, era la sexta aparición. Queda una interrogación a lo dicho por Nuestra Señora en la primera aparición, el 13 de mayo de 1917: "Vengo a pedirlos que volváis aquí durante seis meses seguidos, los días 13, y a esta misma hora", agregando después: "Y volveré aquí aún una séptima vez".

La Prensa Gráfica, 13 de octubre de 2018.



Fátima 1917:

*“No ofendan más a
Nuestro Señor, que ya está
muy ofendido”*

*El mundo está enfermo de una
dolencia que parece incurable por
medios humanos.*

Las apariciones de Nuestra Señora en Fátima, Portugal, que comenzaron un 13 de mayo del año 1917, conformaron un recorrido de diálogos y visiones que tuvieron los tres humildes pastores. Lucía veía, oía y hablaba, era la que podríamos llamar interlocutora junto a la Santísima Virgen; Jacinta veía y oía; Francisco, veía, pero no oía. “Vengo a pedirlos que volváis aquí durante seis meses seguidos, los días 13, a esta misma hora”, les dice en la primera aparición. Una verdadera cita de honra para con los niños. Pero, no les dijo quién era ni lo que quería. Sí agregó: “Y volveré aquí una séptima vez”, lo que es para muchos una misteriosa promesa de la que aún no se sabe cuándo ocurrirá. Llena los pensamientos de misterio.

Si consideramos que las apariciones fueron hace más de cien años, quedamos perplejos con el maternal pedido a los niños en esta aparición, inicio de una serie: “¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que os quiera enviar, en reparación por

los pecados con que Él es ofendido, y en súplica por la conversión de los pecadores?”

Un siglo atrás, querido lector, el mundo era bien diferente: el cine era incipiente, no había televisión, menos aún celulares e internet, las vestimentas eran bien otras, la familia era una institución firme, etc. Sin embargo, la violación de los Mandamientos de la Ley de Dios ya eran un tema central, que pedía reparación.

El tiempo corrió, el proceso de degradación de las sociedades fue avanzando, especialmente en los últimos años, de forma vertiginosa. Si recordamos las palabras de San Juan Pablo II, 65 años después de Fátima: “¡El pecado adquirió, así, un fuerte derecho de ciudadanía y la negación de Dios se difundió en las ideologías, en las concepciones y en los programas humanos!” (13-5-1982); suenan, a nuestros oídos, como una verdadera profecía, ante lo que está ocurriendo en los días de hoy.

La impiedad ha ido ganando terreno, ni que hablar de la impureza en las costumbres, en la vida de los hombres. Una verdadera crisis moral, y por lo tanto religiosa, afecta a la sociedad contemporánea. Las modas con la abolición del pudor, las músicas, la crisis de la familia, la juventud que se va descarriando, la penetración de la droga, el convivio social resquebrajado, legislaciones que no respetan la vida del niño por nacer o del anciano, robos, asesinatos, violencia generalizada en todos los campos, y tantas cosas más.

“¡La lista es alarmante! Sin embargo, no es sorprendente, ¿qué otro fruto podría cosechar, una sociedad que hizo oídos sordos al mensaje de Nuestra

Señora?”, afirma Monseñor João Scognamiglio Clá Dias en su libro: “Fátima, por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará”.

El Mensaje de Fátima es un llamado que tiene su íntima relación con los pecados del mundo en su momento, y de lo que vendría después. En la sexta aparición, en el mes de octubre, la Santísima Virgen, “tomando un aspecto más triste, agregó: No ofendan más a Nuestro Señor, que está muy ofendido”. Fueron sus últimas palabras antes de las variadas visiones que tuvieron los pastorcitos, especialmente Lucía, y del “milagro del sol”, asistido por más de 70 mil personas el 13 de octubre de 1917.

Se cerraba el ciclo de las seis apariciones de Fátima con una seria amonestación, con fisonomía triste y con una frase fuerte y lapidar: “no ofendan más”.

Tristemente, los hombres se fueron olvidando de Dios y sus Mandamientos, viviendo como paganos, para no decir en un salvajismo que deja a los buenos asustados y perplejos, preguntándose, ¿hacia dónde va el mundo? Parafraseando a San Juan Pablo II, vemos como, “el desmoronamiento de la moralidad trae consigo el desmoronamiento de las sociedades”.

“Una sensación de desorden, de tensión y de descontento se descubre en todos los estratos sociales, y se advierte un alarmante aumento de la inseguridad, de la criminalidad, del consumo de drogas, de confusión moral. Situación angustiante, en la que cada uno tiene la impresión difusa de un peligro que ronda. El mundo está enfermo de una dolencia que parece incurable sólo por medios humanos” (Mons. João S. Clá Dias). Enfermo del peor de los males que es el pecado.

Es el momento de elevar los ojos al Cielo y suplicar, con la bella oración, la Salve Regina: “Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve”. Bien Ella nos dice, en la aparición del mes de junio, que Dios “quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrace, le prometo la salvación”.

¿Qué medios utilizar para caminar junto a María Santísima, haciendo eco en nuestros corazones de la advertencia y de la promesa?, pues, nada mejor que: aumentar la devoción a la Santísima Virgen los que ya la tienen, y los que se han olvidado de esta bondadosa Señora, que retomen el camino agarrándose de su mano maternal; la oración, especialmente el rezo del santo rosario y penitencia, es decir, sacrificios, espíritu de cruz. Estas tres actitudes, les aseguro, nos llevarán a la salvación eterna.

Es porque el mundo se olvidó de Ella, dejó de lado la oración y abandonó el espíritu de sacrificio, que está sumergido en el lodazal de pecado que nos rodea, y que nos traen a la memoria las palabras de la Virgen, después de la visión que tuvieron los pastorcitos en el mes de julio de 1917: “Visteis el infierno a donde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón”.

La Prensa Gráfica, 11 de mayo de 2019.



FÁTIMA: UN MENSAJE PUNTIAGUDO E INCÓMODO, TANTAS VECES SILENCIADO O DEFORMADO.

Mensaje silenciado por los que deberían gritar, y obscurecido por el engaño de los que conocían la verdad.

Dentro de las diversas apariciones de la Santísima Virgen a lo largo de la historia, podemos afirmar que, en las ocurridas en Fátima, Portugal, en 1917 a los tres niños - Lucía, Jacinta y Francisco –, vemos con más claridad a María Santísima como Reina de los Profetas.

“Soy del Cielo”, “Soy la Señora del Rosario”, fueron los nombres con los cuales se iba identificando. “Ella vino - nos relata Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio - en persona, para recordar verdades olvidadas, como la existencia del infierno, y amenazar a los hombres con castigos terribles si no recondujesen sus vidas por el camino de la justicia. Nuestra Señora quiso hablar en el inicio de un siglo que se caracterizaría por el silencio de los que deberían gritar, o peor aún, por el engaño de aquellos que, conociendo

la verdad, procurarían obscurecerla porque sus obras eran malas (Jo 3, 19). El Mensaje de Fátima, tantas veces deformado, se revela puntiagudo e incómodo”. (“¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres”, Tomo III, p. 112).

Si hacemos una relectura de las profecías contenidas en el Mensaje comunicado a los pastorcitos - que es bueno sepamos que eran analfabetos - quedamos impactados verificando que, gran parte de ellas, ocurrieron de forma exacta a la anunciada.

En el texto conocido de la tercera aparición, acontecida en julio, podemos ir confirmando el cumplimiento de las previsiones: “la guerra (Primera) va a acabar, los soldados volverán en breve a sus casas” y así ocurrió en el mes de noviembre; “pero, si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor”, como acaeció con la Segunda Guerra; si hasta indicaba los prolegómenos cuando precisamente el Papa reinante era el Papa Pío XI; y -más aún- cómo sería presagiada: “cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, es la señal que Dios os da que va a castigar al mundo por sus crímenes”, aconteció una aurora boreal, vista en casi toda Europa. Dando, finalmente, las características del castigo: “por medio de la guerra, el hambre y las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre”.

Anuncio, que llega con un pedido y una advertencia. Nuestra Señora, Madre de Misericordia, muestra el camino “para impedir -la nueva guerra- vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados”. Acompañado de una recomendación: “si atendieran a

mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia”. Como las exhortaciones no fueron atendidas, el comunismo tomó cuenta de Rusia - meses después de esta aparición, lo que es otra confirmación profética del Mensaje - llevando a millones de seres humanos a la muerte, según previsto por la Señora del Cielo: “los buenos serán martirizados”.

Mucho se ha cumplido, otros aspectos aún no han ocurrido o están aconteciendo en parte, recorramos algunas de las afirmaciones:

1) “El Santo Padre tendrá que sufrir mucho”. Misteriosas palabras, de las cuales no sabemos qué expresar. Podrá ser motivo de elucubraciones en otra oportunidad.

2) “Varias naciones serán aniquiladas”, no lo hemos visto; si bien que no deja de preocupar la ocurrencia de tantas catástrofes naturales extendiéndose a lo largo del globo (pandemia Covid-19, terremotos, inundaciones, huracanes, incendios, ciclones, plagas de insectos, etc.). Sí, tememos que sea como un inicio de acontecimientos previstos. En enero de 1944, la Hermana Lucía, única sobreviviente de los tres pastorcitos, tuvo una visión sorprendente. Estando de rodillas rezando ante el Santísimo Sacramento, vio “montañas, ciudades, villas y aldeas, con sus habitantes que son sepultados. El mar, los ríos y las nubes se salen de sus límites, se desbordan, inundan y arrastran consigo, en un remolino, viviendas y gente en número que no se puede contar. ¡El odio y la destrucción provocan la guerra destructora!”

3) “Guerras”, los peligros de una guerra mundial de carácter nuclear - “destructora” -, no es tan alejada de la realidad. A todo momento estamos viendo pequeños, y no tan pequeños, síntomas.

4) “Persecuciones a la Iglesia”, a todo momento, surgen noticias, parecieran sus comienzos.

El mensaje de Fátima es una profecía, no oficial, pero sí auténtica, con todas sus características. Si lo tuviésemos que resumir en pocos términos, sería con cinco palabras: anuncio, pedido, advertencia, castigo y premio.

Es decir, la denuncia de una era histórica culpable y pecaminosa; el pedido de renunciar a esa situación; la previsión de un castigo en caso ese estado de cosas no sea abandonado; la proclamación de una nueva era histórica, que sólo vendrá después de la penitencia y conversión de los hombres.

Dentro de este panorama de avisos proféticos que hace Nuestra Señora, quiero destacar una frase - en medio de las posibles catástrofes que podremos presenciar -, que nos abre un camino de esperanza. Es el premio, su firme y maternal promesa: “por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará, y será concedido al mundo algún tiempo de paz”.

Grandiosa época histórica profetizada por tantos santos, principalmente San Luis María Grignon de Montfort, al decir que “ocurrirán cosas maravillosas en este mundo”. Acontecimientos que traerán tiempos benditos, en que el Cielo se unirá a la tierra, los infiernos serán derrotados y

los ángeles se juntarán a los hombres para cantar: ¡Gloria a María en su Reino, pues su Inmaculado Corazón triunfó!

“Será un reinado de clemencia, piedad y dulzura de Nuestra Señora. Así como en los días actuales se inhala en cualquier parte el aliento pestilente e inmundo, caracterizado por la rebelión, por el igualitarismo y por la sensualidad desvergonzada; durante el Reino de María se respirará el suave perfume de la presencia y de las virtudes de la Reina Celestial, sea en las almas y en los ambientes, sea en las costumbres y hasta en las civilizaciones” (Mons. Joao S. Clá Días).

Nos encontramos en un momento decisivo de la historia, donde Dios nos apunta dos caminos: uno, para aquellos que quieran entrar en el reino de su Santísima Madre; y otro, para aquellos que prefieren continuar en el reino hecho de pecado.

Para los que quieran hacer parte del Reino de María, la solución es oír a aquellos que sean los auténticos portavoces de la Virgen y seguir sus consejos, sus palabras, con un corazón renovado. Entrarán por el camino de la salvación.

Será el Reino de María. Reino de pureza y de bondad del corazón materno de la Madre de Dios, reino de gran esplendor, tanto en la sociedad temporal como en la Iglesia, por la abundancia de gracias derramadas por el Espíritu Santo.

La Prensa Gráfica, 11 de octubre de 2020.

LOURDES Y FÁTIMA, DOS GRANDES APA- RICIONES MARCADAS POR EL MISTERIO DE SUS SECRETOS

*Tienen una profunda vincula-
ción, hacen presentir el prometido
Reino del Inmaculado Corazón
de María.*

Ocho millones (8.000.000) de peregrinos llegan -en tiempos normales sin pandemia- a la Gruta de Massabielle, a orillas del río Gave, en Lourdes, región de los Pirineos de Francia. Llevan sus enfermedades viajando de los lugares más recónditos, arriban donde, la “Señora vestida de blanco”, se apareciera en 18 oportunidades a la rústica campesina de 14 años, Bernardette Soubirous. Todo comenzó un 11 de febrero de 1858.

Maravillosa fuerza de atracción testimoniada por asombrosos milagros. A fin de eliminar dudas y demostrar la insondable compasión de María Santísima, la Iglesia instituyó un comité médico que analiza los enfermos antes de ser bañados en el agua de la fuente curativa.

Se han registrado más de seis mil curaciones inexplicables para la medicina; si bien que consideran 64 los milagros reales indiscutibles.

En aquellos tiempos, un impío famoso escritor francés fue de incógnita, con la intención de recoger informaciones para un libro contra los prodigios de Lourdes. Viendo la fe fortalecida y la esperanza, que no se quebraba, al volver a París dijo para sus íntimos: “Yo hui, porque el milagro me aplastaba”.

Elevado comentario hacía el Dr. Plinio Corrêa de Oliveira por la década del 60: “Lourdes concede al enfermo una tal conformidad con el padecimiento que no se tiene noticia de que alguien, allí estando y no siendo curado, tomase una actitud de rebeldía. Por el contrario, las personas retornan a sus lugares inmensamente resignadas, satisfechas por haber podido hacer su visita a la célebre gruta de los milagros, y contemplar la bondad de María para con los otros infortunados y no con ellas”.

Lourdes ocupa un puesto de grandeza entre las apariciones de los últimos dos siglos junto a Fátima. Ambas tienen una profunda vinculación, hacen presentir el prometido Reino del Inmaculado Corazón de María. En Fátima, la Virgen advierte al mundo sobre la alarmante decadencia moral por la que estaba entrando. En Lourdes, vemos la expresión de gracias mariales, a través de conversiones y de curas portentosas, tal que se la considera como sinónimo de milagros.

No dejan de tener un dejo de misterio sobre “secretos” comunicados. En Fátima tres secretos al momento conocidos.

En Lourdes, la vidente recibió “tres secretos”, además del pedido de sufrir por “un gran pecador”, que no identifica.

Transcurría el siglo XIX, un mundo nuevo de la técnica, del dinero y de los inventos, influenciaban el vivir de los hombres, quimeras que colocaban al margen las enseñanzas evangélicas.

Bien afirmaba el Dr. Plinio que: “Lourdes es una de las más extraordinarias manifestaciones de lucha de Nuestra Señora contra el demonio, pues esa aparición se dio en el auge de las persecuciones y desprecios movidos por el anticlericalismo del siglo XIX para debilitar la Iglesia”.

Era el pontificado del Beato Pío IX que, para contrarrestar esta onda de soberbio ateísmo que avanzaba sobre los corazones, proclamó el Dogma de la Inmaculada Concepción en 1854. Especial inspiración confirmada desde el Cielo por las apariciones de Lourdes, cuando Bernardette, entrevé a una Señora: “vestida de blanco, un velo también blanco, un cinto azul y una rosa amarilla en cada pie”.

Si nos volvemos a aquellos momentos, y recorremos las apariciones en singular Gruta, encontraremos, pocas palabras -al menos las conocidas- que la Santísima Virgen trasmite, y los difíciles momentos por los que pasa esta simple campesina. Fuertes oposiciones intentaron acabar con esta singular “aventura”.

Hasta la tercera aparición la imagen será muda; momentos de oración - la única que sabía Bernardette era el rosario - y de contemplación silenciosa.

Comenzará a comunicarse con Bernardette, no en francés sino en el dialecto local, el patois. Pide oraciones y sacrificios por los pecadores, manda excavar con sus manos la fuente, “pide a los padres que construyan una capilla. Quiero que todos vengan en procesión”. En las diversas apariciones fue la Santísima Virgen diciendo: “Quiero que venga aquí mucha gente”, “¡pide a Dios por los pecadores!, ¡penitencia, penitencia, penitencia!

Los asistentes, no veían a la “Señora”, pero sentían Su presencia y se conmovían con los éxtasis de la vidente. La afluencia del público aumentaba, el comisario prohibió ir a la Gruta. Eran tiempos de presión del ateísmo sobre la religiosidad popular.

Las gentes piden pruebas, como siempre. La Señora le indica dónde cavar con su mano, hacer un hueco, del cual surgió una fuente. Bernadette bebió, mojó también su cara, quedando con lodo. Todos se burlaron diciendo se había vuelto loca. ¡Oh misteriosos designios de Dios! El entusiasmo sensible decae, los espectadores se desencantan. Era un 25 de febrero.

Surgía allí el manantial de los milagros más conocido por la humanidad, símbolo de las inagotables gracias concedidas a todos los que allí van en peregrinación. El agua, analizada por destacados químicos, es: virgen, muy pura, natural, sin propiedad térmica, ninguna bacteria sobrevive a ella. Demostrado está: uno tras otro, enfermos de todo tipo, se bañan en las piscinas de Lourdes y no se contagian de nada.

Tres semanas después, un 4 de marzo, la mensajera, “anónima”, ante la insistencia de Bernardette y el requerimiento del párroco, reveló quien era: “Yo soy la Inmaculada Concepción”, raro título para los hombres y mujeres del momento.

Pero el “misterio” de Lourdes queda centrado en las apariciones del 23, 24 y 25 de febrero, en que “la Señora de blanco” le comunica tres secretos. El 23 uno que solo a ella le concierne y que no puede revelar a nadie, y una oración que le hacía repetir, pero que no quiso que la diera a conocer. El 24 le reveló un secreto personal y después desapareció. El 25 le dijo: “hija mía, quiero confiarte solamente a ti el último secreto; igualmente que los otros dos, no los revelarás a ninguna persona de este mundo”.

La última aparición, el 16 de julio, ocurrió discretamente. Fue a distancia, separadas por las aguas del río Gave y las gentes que no dejaba el comisario aproximar a la gruta.

En ciertos momentos, de su dolorosa agonía, se le oyó decir que lo ofrecía en reparación por el “gran pecador”. La hermana asistente le preguntó y le respondió colocando el dedo en la boca en señal de silencio.

Con los años su persona decreció, la gruta, con su fuente y sus milagros, pasaron a primer plano. Bernardette en 1866 sale de Lourdes. Había cumplido su misión. Cumplió, con gran entrega, todos los sufrimientos y obstáculos puestos por el demonio durante esta etapa. Entra en la vida religiosa, “nunca me imaginé que sufriría así”, decía, en las terribles probaciones que padeciera; nada la hizo sufrir más que algunas monjas de su comunidad.

Exhumado su cuerpo en 1933 permanecía incorrupto. Se convencieron que fuera “una víctima expiatoria de sus tres secretos y del “Gran Pecador”, que nunca reveló a nadie, según el decir del historiador Pierre Claudel en su libro “El misterio de Lourdes”.

La Prensa Gráfica, 7 de febrero de 2021.

